

* EL KABA *

Llegó en el verano de 1980, dicen que venía de Tijuana, su figura estrafalaria llamaba la atención, le decían el “Kaba” por su parecido con un personaje de la novela “Raro tonga” (el rey Kaba) de Yolanda Vargas Dulché. Era chaparrón, prieto y gordo; su voluminosa figura (140 Kgs.), se destacaba entre el resto de su pandilla, que paradójicamente, él bautizó como “los charales 13”.

Los vecinos de la Guadalupe Victoria lo veían con desconfianza (incluido yo), pues se comentaba que era marihuano y además ratero. Eran épocas en que el cholismo se desarrollaba en varias colonias de la periferia: La 21 de Marzo, La Zapata, La Díaz Ordaz, La 6 de Enero, La Guadalupe Victoria, entre otras.

Vestía camisola de mezclilla sin cuello, de manga larga, totalmente abotonada, pantalones muy amplios, con valencianas dobladas; completando un rostro poco agraciado: ojos pequeños de mirada huidiza, cejijunto, nariz ancha, boca grande, mentón pequeño y orejas chatas; su cabeza a rape no contribuía a mejorar su aspecto.

Su pausado caminar y el bamboleo de su cuerpo: lanzando su brazo izquierdo hacia delante y hacia atrás, y sobre su hombro (como si cargara un ataúd), una enorme grabadora SANYO, doble cassette, de baterías, de donde salían los acordes del guitarrista Carlos Santana, con las rolas: “*Samba pa’ti*” o “*Magic Black Woman*”, o el Led Zepellin con “*El inmigrante*” o la del “*Perro Negro*”. De tanto verlo deambular por nuestras calles, se convirtió en parte del paisaje cotidiano.

Con el Kaba, llegó la violencia a nuestro barrio, los pleitos entre pandillas se sucedían para demarcar sus territorios, estos enfrentamientos dejaron como resultado: heridos con arma blanca (comúnmente navajas 007), con golpes de cadenas o descalabrados a pedradas; pero también, definidas sus áreas de influencia y control.

La influencia que ejercía sobre los niños, adolescentes y jóvenes de la Colonia Guadalupe Victoria era algo que no alcanzaba a comprender, hasta que me di cuenta que la violencia y los robos habían cesado. A su modo, implantó ciertas normas a las que se deberían sujetar los miembros de la pandilla:

- a) No causar daño o perjuicio a ningún vecino de la colonia.
- b) No permitir agresiones entre miembros de la pandilla.
- c) Respetar a las mujeres y niñas habitantes de la colonia.
- d) Acudir en auxilio de cualquier miembro de la pandilla, por enfermedad por falta de dinero o por problemas con otras bandas.
- e) Mantener un trato respetuoso con los policías que viven en la colonia.
- f) No distribuir droga entre los jóvenes o niños de esta comunidad.
- g) No permitir la entrada de cholos de otras colonias que vengán a perjudicar a los vecinos de nuestro barrio.

A querer o no, lo empecé a mirar con otros ojos, y ya no solo miré sus defectos, reconocí en sus actos, la estatura de un líder que procura cuidar lo que sentimos nuestro: la paz de nuestros

hogares, nuestras pertenencias; lo anterior nos hacía sentirnos protegidos y cuidados.

En las paredes de algunas casas (con permiso de los dueños) empezaron a pintar paisajes donde, indefectiblemente aparecía la Virgen de Guadalupe, a decir de ellos “su santa patroncita”. Esta facilidad para pintar, la transmitió a varios miembros de “Los Charales 13”, quienes canalizaron su agresividad e inquietudes, por medio de pinturas y grabados en camisetas y paredes. Pudiera decirse que estas acciones le granjearon el respeto de los vecinos de esta populosa colonia.

Pero el recuerdo mas claro de su actitud como protector de cualquiera que viviera en el sector de la Guadalupe Victoria, lo experimenté yo: Fue una noche de junio de 1983, como a la una de la mañana... caminaba por la Avenida Benito Juárez de la Colonia Las Vegas, y al doblar por la Calle Octava, a ocho cuadras de mi casa, noté el característico olor a marihuana al ser expelido el humo. Por lo oscuro de la calle, solo vislumbré dos siluetas agazapadas y en cuclillas, cerca de una barda. Las puntas rojizas de las bachas al ser succionadas con fruición me pusieron en estado de alerta; instintivamente me corrí a media calle, crispé el puño izquierdo y con la mano derecha sujeté fuertemente el portafolios, dispuesto a repeler una posible agresión. Una voz tartajeante me marcó el alto, requiriéndome le diera todo el dinero que trajera; el otro, sin decir palabra, sacó algo del bolsillo trasero del pantalón, con movimiento rápido, accionó lo que parecía una navaja 007, el reflejo de un rayo de luz en la hoja de acero, no hizo más que confirmar mis temores: Sentí frío en la espalda, el

estómago, en la nuca, ¡iba a ser asaltado!. El miedo me paralizó, mi capacidad de reacción la atenazó el temor... de pronto escuché una voz pausada, con ese siseo característico que tienen los cholos al arrastrar la voz: ¿Qué ondas esesss...? déjenme en paz al profe o aquí se les acaba esesss... ¡grande fue mi sorpresa, era el Kaba!, su mano derecha empuñaba una navaja de muelle y la blandía con firmeza, su actitud serena contrastaba con el miedo que reflejaban los rostros de los asaltantes, guardaron con rapidez sus navajas, mientras uno de ellos exclamaba: ¡cámara esse, la bronca no es contigo, mis respetos para ti carnal!, decía, mientras ambos reculaban hasta perderse en la oscuridad. La voz del Kaba se dejó oír y en ella creó alcance a percibir un ligero reproche: ¡que ondas profe!, usted ya debería estar dormido pues es peligroso andar por estas calles en la noche... no pude contestar, solamente emití un inteligible ¡gracias! Con paso presuroso recorrí las ocho calles que me separaban de mi casa, mi refugio, mi seguridad.

Pasaron seis meses de aquel suceso, otro; vendría a sobrecogerme el alma. Como reguero de pólvora corría la noticia: ¡Anoche mataron al Kaba!, ¡fue en un pleito de pandillas!. La noticia de su muerte me impactó, indagué como había sucedido y donde velaban su cuerpo. Mi informante fue el “Chava”, un chamaquito de 13 años que admiraba al Kaba y que la noche anterior lo acompañaba, con voz encorajinada repetía: ¡chale eran muchos...! ¡ Así no se vale...! ... ¡fue cerca de Las Cruces!... ¡cerquitas del vado de los piojos!... ¡eran muchos... ya nos estaban esperando!... ¡se juntaron dos pandillas, “Los Panchos” y “Los Leones”!...¡ era mucho el miedo que le tenían... por eso lo apañaron!... ¡lo alfiletearon

hasta que se cansaron!... un sollozo interrumpió su relato y las lágrimas cubrieron su rostro.

Era una vivienda humilde, constaba de un dormitorio, la cocina y una sala, en ésta -al centro- se encontraba el ataúd que guardaban sus restos mortales, la tapa levantada, mostraba a través del vidrio un rostro relajado, en paz con todos y consigo mismo. Cuatro cirios hacían muda guardia y alrededor varias coronas adornaban las paredes, en sus bandas de tela se leían: “Los Charales”, “Los Pachucos”, “Fam. Hernández”, “Fam. Payan”, “Los Carnales” y otras.

El velorio era una autentica romería: sollozos, voces, llantos y rezos por el eterno descanso de su alma, risas de algunos niños que juegan en el patio, ajenos a la tragedia. En un rincón, echado, se encuentra “El Duque”, sus ojos húmedos, parecieran expresar tristeza por su amo inerte. Un llanto sosegado, resignado, doloroso y hondo, cortó el hilo de mis pensamientos; ¡era la mamá del Kaba!, quien de manera amorosa -como sólo una madre sabe hacerlo- pasaba una mano sobre el rostro de su amado hijo muerto, la ternura con que lo hacía, me impulsó a pasar mi brazo derecho sobre su hombro, en un gesto que quería ser solidario, quise brindarle un mensaje de cálida resignación, pero un nudo agarrotó mi garganta y no pude proferir las palabras de aliento y fortaleza que hubiera deseado pronunciar. Me acomodé en una silla, dispuesto a seguir velando a aquel muchacho del cual a la fecha desconozco el nombre.

Un creciente murmullo llamó mi atención: decenas de cholos y cholillas no se ponían de acuerdo sobre como homenajear al muerto, a su admirado líder; algunos opinaban que habría de colocarle en su ataúd: la grabadora SANYO y sus cassettes preferidos, sus pinceles y pinturas, y un guato de “mota” para su viaje eterno; otros opinaban que eso era una falta de respeto; “ ¡ ya déjenlo descansar en paz ! ” ... otras voces exclamaban como un recuento de hechos: “ ¡ chale ese, le dieron 76 puñaladas ! ”... “¡así de grande era el miedo que le tenían!”... “¡en un mano a mano les hubiera ganado!”...

Mi silencio era un mudo homenaje a lo que había hecho por mí... no podía, me resistía a juzgarlo, sólo sé que esa noche fui a su velorio a brindarle mis respetos y a darle las gracias por su defensa a mi persona, como habitante de “su” territorio.

Culiacán Rosales, Sinaloa Noviembre de 1999